

# El libro de Joel y la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense - Número cuarenta y cuatro

Jeff Pippenger  
2026-02-10

## Número cuarenta y cuatro

En 1844, la doctrina del Sábado del séptimo día fue desellada y luego le fue enfatizada a la hermana White cuando ella miró dentro del arca del pacto. Ella también consignó que, en los postreros días, la doctrina de la encarnación poseía el mismo énfasis celestial. El Sábado del séptimo día representa la luz especial procedente del arca cuando comenzó el Día antitípico de la Expiación, y el Sábado del séptimo año representa la luz especial procedente del arca cuando el Día antitípico de la Expiación llega a su conclusión.

La doctrina de la encarnación está tipificada en la última santa convocación de Levítico veintitrés; es la omega en relación con el sábado del séptimo día, que es la primera santa convocación al comienzo de Levítico veintitrés. Aquel primer sábado representa el poder creador de Dios y el último sábado representa su poder recreador. Aquel primer sábado está representado por el número "23" y el último por el número "252".

Aquellos dos símbolos son los extremos que enmarcan el capítulo veintitrés de Levítico, y también son los extremos de la historia milerita. 1798 fue el cumplimiento de los 2.520 años contra el reino del norte de Israel, y los 2.300 años se cumplieron el 22 de octubre de 1844. Cuando la hermana White fue conducida al santuario y contempló los Diez Mandamientos, estaba tipificando al pueblo de Dios de los postreros días que sigue a Cristo al Lugar Santísimo mientras Él concluye Su obra de expiación. La prueba del templo es la prueba de seguir al Cordero por dondequiera que va.

Estos son los que no se contaminaron con mujeres; pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero adondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres, siendo primicias para Dios y para el Cordero. Apocalipsis 14:4.

La hermana White, en calidad de profeta, estaba ilustrando a los fieles del principio, que entraron por la fe en el Lugar Santísimo y, al hacerlo, estaba proporcionando un ejemplo de los fieles del fin que entran por la fe en el Lugar Santísimo y luego contemplan el interior del arca. Lo que allí ven iluminado es la doctrina de la encarnación, la culminación de la expiación. Ven a los dos querubines cubridores que representan los dos sábados de la creación y la re-creación. Ven el 252 a un lado del arca y el 23 al otro, y reconocen que, en armonía con la creación y la re-creación, el 23 representa el matrimonio de la Divinidad con la humanidad, y ven en el 252 el símbolo de la transformación de un ser humano en un ser humano unido a la Divinidad.

El propiciatorio no debía ser levantado, por lo que el hecho de que la hermana White mirara dentro fue una revelación especial; y, proféticamente, la ilustración es más propia de los postreros días

que de los días en que ella vivió. Al contemplar somos transformados. La prueba del templo es Cristo guiando a su pueblo virgen a su templo, paso a paso. Las verdades proféticas representan los pasos a lo largo de la senda que es iluminada por el mensaje del Clamor de Medianoche.

El templo millerita de cuarenta y seis años constituye un paso.

El templo humano de "23", (varón y hembra, Él los creó) es un paso.

El que Cristo levante su templo en tres días es un paso.

El alfolí es el templo de Malaquías.

Nehemías purificó la cámara de la profanación de Tobías.

Aquel templo fue el lugar donde el sumo sacerdote Hilcías descubrió los escritos de Moisés durante el avivamiento del rey Josías.

El templo que Nehemías purificó de la profanación es el mismo templo que Cristo purificó dos veces de su "profanación sacrílega", como afirma la Hermana White.

El cofre del sueño de Miller fue un paso.

Una vez que Cristo ha conducido a sus fieles al Lugar Santísimo, los guía, como lo representa la hermana White, hasta el arca; levanta el propiciatorio y les permite mirar en su interior. Al mirar dentro, ven que tanto la doctrina de la encarnación como el sábado del séptimo día están investidos de un halo suave. Línea sobre línea, quienes reconocen las doctrinas que están «investidas de una suave radiancia» se alinean con la hermana White al entrar por la fe en el Lugar Santísimo y mirar dentro del arca.

Los antiguos profetas hablaron con mayor especificidad para los postreros días que para los días en que vivieron. Cuando esos antiguos profetas llegan ellos mismos a ser parte del testimonio, representan al pueblo de Dios en los postreros días, y el pueblo de Dios en los postreros días está constituido por los ciento cuarenta y cuatro mil. La hermana White es quizá la profetisa antigua más importante, pues todas sus ilustraciones representan la historia alfa de la historia omega de los ciento cuarenta y cuatro mil. Todos los profetas ilustran al remanente, pero la hermana White también representa una historia inicial que se cumple en la historia final, al pie de la letra.

En la historia fundacional alfa, la hermana White, en visión, es llevada al Lugar Santísimo del santuario celestial. Una vez allí, el propiciatorio sobre el arca del pacto —un asiento que no debía ser removido— fue alzado para que la hermana White pudiera contemplar en su interior, donde vio los Diez Mandamientos.

En el Lugar Santísimo vi un arca; en la parte superior y en sus lados había oro purísimo. En cada extremo del arca había un hermoso querubín, con sus alas extendidas sobre ella. Sus rostros estaban vueltos el uno hacia el otro, y miraban hacia abajo. Entre los ángeles había un incensario de oro. Sobre el arca, donde estaban los ángeles, había una gloria sumamente brillante, que parecía un trono donde moraba Dios. Jesús estaba de pie junto al arca, y a medida que las oraciones de los santos subían a Él, el incienso en el incensario humeaba, y Él

presentaba sus oraciones con el humo del incienso a Su Padre. En el arca estaba la vasija de oro con maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas de piedra que se plegaban como un libro. Jesús las abrió, y vi los Diez Mandamientos escritos en ellas con el dedo de Dios. En una tabla había cuatro, y en la otra seis. Los cuatro de la primera tabla resplandecían más que los otros seis. Pero el cuarto, el mandamiento del sábado, resplandecía por encima de todos; porque el sábado fue apartado para ser guardado en honor del santo nombre de Dios. El santo sábado se veía glorioso: un halo de gloria lo rodeaba por todas partes. Vi que el mandamiento del sábado no fue clavado en la cruz. Si lo fue, también lo fueron los otros nueve mandamientos; y estaríamos en libertad de quebrantarlos todos, así como de quebrantar el cuarto. Vi que Dios no había cambiado el sábado, porque Él nunca cambia. Pero el papa lo había cambiado del séptimo al primer día de la semana; porque había de cambiar los tiempos y las leyes. Primeros Escritos, 32.

La doctrina del sábado del séptimo día fue la doctrina alfa de la historia fundacional del movimiento milerita, que comenzó como el movimiento milerita filadelfiano, luego se transformó en el movimiento milerita laodicense en 1856, y después, en 1863, en la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense. La hermana White identifica también la doctrina omega en la historia de los postreros días, cuando el movimiento laodicense de los ciento cuarenta y cuatro mil se transforma en el movimiento filadelfiano de los ciento cuarenta y cuatro mil. Las luces alfa y omega están representadas por la doctrina del sábado del séptimo día y la doctrina de la encarnación.

Los que tienen comunión con Dios andan en la luz del Sol de Justicia. No deshonran a su Redentor pervirtiendo su conducta delante de Dios. La luz celestial brilla sobre ellos. A medida que se acercan al fin de la historia de esta tierra, su conocimiento de Cristo, y de las profecías que se refieren a Él, aumenta grandemente. Son de valor infinito ante los ojos de Dios; pues están en unidad con su Hijo. Para ellos, la Palabra de Dios es de belleza y hermosura insuperables. Ven su importancia. La verdad se les abre. La doctrina de la encarnación está investida de un suave resplandor. Ven que la Escritura es la llave que abre todos los misterios y resuelve todas las dificultades. Los que no han estado dispuestos a recibir la luz y andar en la luz no podrán comprender el misterio de la piedad, pero los que no han vacilado en tomar la cruz y seguir a Jesús verán luz en la luz de Dios. The Southern Watchman, 4 de abril de 1905.

La "doctrina de la encarnación" también se denomina el "misterio de la piedad".

Y, sin lugar a controversia, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto por los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido en gloria. 1 Timoteo 3:16.

El "misterio" permanece oculto hasta la generación final, cuando los fieles ven que la doctrina de la encarnación es la omega del sábado del séptimo día.

Aun el misterio que ha estado oculto desde los siglos y generaciones, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos: a quienes Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria. Colosenses 1:26, 27.

Es apropiado que sea Colosenses 1:26 el que hable de un “misterio” que “ha estado oculto”, pero ese misterio es “manifestado” en los postreros días. La luz profética se manifiesta cuando la profecía es desellada, como se representa en Daniel doce, donde, al término de 1.260 días, en el tiempo del fin, una profecía es desellada. La profecía que ha estado oculta por generaciones es desellada, y la profecía es la verdad que, al ser desellada, es la “gloria” que se da a conocer a los gentiles en la ley dominical. Ese misterio es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, lo cual se cumple en los días del toque de la séptima trompeta.

Pero en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar, el misterio de Dios se consumará, como él lo declaró a sus siervos los profetas. Apocalipsis 10:7.

Resulta del todo apropiado que la voz del séptimo ángel haya comenzado a sonar en el día décimo del mes séptimo, tal como se representa en Apocalipsis 10:7. El séptimo ángel también está representado como el tercer ay, y los dos primeros ayes fueron el Islam, proporcionando así dos testigos de que el tercer ay es el Islam. El misterio de Dios se consuma cuando suena la trompeta del Islam.

En la historia de la séptima trompeta se presenta la doctrina de la encarnación, que es el misterio de Cristo en vosotros, o la combinación de la Divinidad con la humanidad, tal como fue representada por Cristo cuando Él tomó sobre Sí carne humana; los candidatos a estar entre los ciento cuarenta y cuatro mil serán probados en cuanto a si tienen el aceite y la fe necesarios para entrar en el Lugar Santísimo. Si vacilan, las tinieblas caen sobre ellos; si siguen al Cordero adondequiera que Él vaya, serán guiados a mirar dentro del arca. En el arca encontrarán las doctrinas del sábado del séptimo día y la doctrina de la encarnación.

Por muy significativas que sean estas dos doctrinas, mi enfoque no está en las luces alfa y omega, sino en que la profetisa ilustró al pueblo de Dios entrando en el santuario celestial y mirando dentro del arca del pacto. Debe de haber un punto en la historia de los ciento cuarenta y cuatro mil, durante los postreros días, en el que los ciento cuarenta y cuatro mil sean llevados al Lugar Santísimo para contemplar el arca abierta.

Si usted posee la fe para creer que los profetas representan al pueblo de Dios en los postreros días, junto con la fe de que la hermana White fue tan inspirada, en todos los aspectos, como todos los demás profetas de la Biblia, entonces la aplicación que acabo de exponer debe aceptarse como verdadera. Los ciento cuarenta y cuatro mil deben seguir a Cristo, por la fe, al Lugar Santísimo, como dice la hermana White que hicieron los fieles el 22 de octubre de 1844. Entonces se manifestaron dos clases: los que rehusaron entrar por la fe y los que entraron.

Se me volvió a señalar la proclamación del primer advenimiento de Cristo. Juan fue enviado con el espíritu y el poder de Elías para preparar el camino de Jesús. Los que rechazaron el testimonio de Juan no se beneficiaron de las enseñanzas de Jesús. Su oposición al mensaje que anunciaba Su venida los colocó en una situación en la que no podían recibir fácilmente las pruebas más contundentes de que Él era el Mesías. Satanás impulsó a los que rechazaron el mensaje de Juan a ir aún más lejos: a rechazar y crucificar a Cristo. Al hacer esto se colocaron en una posición en la que no podían recibir la bendición en el día de Pentecostés, la cual les

habría enseñado el camino hacia el santuario celestial. El rasgamiento del velo del templo mostró que los sacrificios y ordenanzas judíos ya no serían aceptados. El gran Sacrificio había sido ofrecido y aceptado, y el Espíritu Santo, que descendió en el día de Pentecostés, llevó las mentes de los discípulos del santuario terrenal al celestial, adonde Jesús había entrado con Su propia sangre para derramar sobre Sus discípulos los beneficios de Su expiación. Pero los judíos quedaron en total oscuridad. Perdieron toda la luz que podrían haber tenido respecto al plan de salvación, y siguieron confiando en sus sacrificios y ofrendas inútiles. El santuario celestial había tomado el lugar del terrenal, pero ellos no tenían conocimiento del cambio. Por lo tanto, no podían beneficiarse de la mediación de Cristo en el lugar santo.

Muchos miran con horror el proceder de los judíos al rechazar y crucificar a Cristo; y al leer la historia de su vergonzoso ultraje, piensan que le aman y que no le habrían negado como lo hizo Pedro, ni le habrían crucificado como lo hicieron los judíos. Pero Dios, que lee los corazones de todos, ha puesto a prueba ese amor por Jesús que profesaban sentir. Todo el cielo contempló con el más profundo interés la recepción del primer mensaje angélico. Pero muchos que profesaban amar a Jesús, y que derramaban lágrimas al leer la historia de la cruz, se burlaron de las buenas nuevas de su venida. En lugar de recibir el mensaje con gozo, declararon que era un engaño. Aborrecieron a los que amaban su venida y los expulsaron de las iglesias. Los que rechazaron el primer mensaje no podían ser beneficiados por el segundo; tampoco fueron beneficiados por el clamor de medianoche, que había de prepararlos para entrar con Jesús por la fe en el lugar santísimo del santuario celestial. Y al rechazar los dos mensajes anteriores, han oscurecido tanto su entendimiento que no ven luz en el tercer mensaje angélico, que muestra el camino hacia el lugar santísimo. Vi que, así como los judíos crucificaron a Jesús, las iglesias nominales habían crucificado estos mensajes, y por lo tanto no tienen conocimiento del camino al lugar santísimo, y no pueden ser beneficiadas por la intercesión de Jesús allí. Como los judíos, que ofrecían sus sacrificios inútiles, ellos elevan sus oraciones inútiles al departamento que Jesús ha dejado; y Satanás, complacido con el engaño, asume un carácter religioso y atrae hacia sí las mentes de estos cristianos profesos, obrando con su poder, sus señales y prodigios mentirosos, para aprisionarlos en su lazo. Primeros Escritos, 259-261.

La hermana White identifica el proceso progresivo de prueba en la historia de Juan el Bautista y de Cristo, que concluyó con los judíos en tinieblas totales, a fin de ilustrar la misma historia en el tiempo de los milleritas, que es la historia alfa de la hermana White; la antigua profetisa de los postreros días. La prueba de vida o muerte al principio consistía en entrar en el Lugar Santísimo o rehusarse a hacerlo. Rehusarse a hacerlo produjo las mismas tinieblas sobre los rebeldes de la historia millerita que habían caído sobre los judíos rebeldes en la historia de Cristo.

Jesús siempre ilustra el fin de algo con su principio; por lo tanto, cuando la hermana White fue llevada al Lugar Santísimo y contempló el Arca abierta, en relación con la prueba del 22 de octubre de 1844, ello señala que los ciento cuarenta y cuatro mil serán probados en cuanto a si siguen al Cordero al Lugar Santísimo o entran en tinieblas eternas perfectas. Este hecho se fundamenta en una fe que entiende que los antiguos profetas están ilustrando al pueblo de Dios de los postreros días cuando ellos mismos se convierten en parte del testimonio consignado. La hermana White ilustra ambas clases.

Estando en este estado de abatimiento tuve un sueño que dejó una profunda impresión en mi mente. Soñé que veía un templo al que muchas personas acudían en gran número. Solo quienes se refugiaron en ese templo serían salvados cuando el tiempo llegara a su fin. Todos los que permanecieran fuera se perderían para siempre. Las multitudes de fuera, que seguían sus diversos caminos, se burlaban y ridiculizaban a los que entraban en el templo, y les decían que ese plan de salvación era un astuto engaño, que en realidad no había peligro alguno que evitar. Incluso agarraron a algunos para impedirles apresurarse a entrar dentro de los muros.

Temiendo ser objeto de burla, pensé que lo mejor sería esperar a que la multitud se dispersara, o hasta poder entrar sin ser observado por ella. Pero la cantidad aumentaba en lugar de disminuir y, temiendo llegar demasiado tarde, salí apresuradamente de mi casa y me abrí paso entre la multitud. En mi ansiedad por llegar al templo, no reparé en el gentío que me rodeaba ni me importó. Al entrar en el edificio, vi que el vasto templo estaba sostenido por una inmensa columna, y a ella estaba atado un cordero, todo despedazado y sangrante. Nosotros, los presentes, parecíamos saber que ese cordero había sido desgarrado y magullado por nuestra causa. Todos los que entraban en el templo debían presentarse ante el cordero y confesar sus pecados.

Justo delante del cordero había asientos elevados, sobre los cuales estaba sentado un grupo que parecía muy feliz. La luz del cielo parecía brillar sobre sus rostros, y alababan a Dios y cantaban cánticos de gozosa acción de gracias que sonaban como la música de los ángeles. Estos eran los que habían venido ante el cordero, habían confesado sus pecados, habían recibido perdón, y ahora esperaban con gozosa expectación algún acontecimiento alegre.

Aun después de haber entrado en el edificio, se apoderó de mí un temor y un sentimiento de vergüenza por tener que humillarme ante estas personas. Pero me parecía estar compelido a seguir adelante, y lentamente iba rodeando la columna para ponerme frente al cordero, cuando sonó una trompeta, el templo se estremeció, se alzaron gritos de triunfo de los santos congregados, un pavoroso resplandor iluminó el edificio, y luego todo fue tinieblas intensas. Todas las personas dichas habían desaparecido con el resplandor, y yo quedé solo en el silencioso horror de la noche. Desperté en agonía mental y apenas podía convencerme de que había estado soñando. Me parecía que mi destino estaba sellado, que el Espíritu del Señor me había dejado, para no volver jamás.

Poco después de esto tuve otro sueño. Me parecía estar sentado en la más absoluta desesperación, con el rostro entre las manos, reflexionando de este modo: Si Jesús estuviera en la tierra, iría a Él, me postraría a Sus pies y le contaría todos mis sufrimientos. Él no se apartaría de mí, tendría misericordia de mí, y yo lo amaría y lo serviría siempre. En ese mismo instante se abrió la puerta, y entró una persona de hermosa figura y semblante. Me miró con compasión y dijo: «¿Deseas ver a Jesús? Él está aquí, y puedes verlo si así lo deseas. Toma todo cuanto posees y sígueme».

Oí esto con un gozo inefable, y gustosamente reuní todas mis pequeñas posesiones, cada baratija atesorada, y seguí a mi guía. Me condujo a una escalera empinada y aparentemente frágil. Al comenzar a subir los peldaños, me advirtió que mantuviera los ojos fijos en lo alto, no fuera que me mareara y cayera. Muchos otros que ascendían por la empinada subida

cayeron antes de alcanzar la cima.

Finalmente llegamos al último peldaño y nos detuvimos ante una puerta. Allí mi guía me indicó que dejara todas las cosas que había traído conmigo. De buen grado las deposité; entonces él abrió la puerta y me invitó a entrar. En un instante me hallé ante Jesús. No cabía error alguno respecto de aquel hermoso semblante. Esa expresión de benevolencia y majestad no podía pertenecer a ningún otro. Cuando Su mirada se posó en mí, supe de inmediato que Él conocía cada circunstancia de mi vida y todos mis pensamientos y sentimientos más íntimos.

Intenté resguardarme de Su mirada, sintiéndome incapaz de soportar Sus ojos escrutadores, pero Él se acercó con una sonrisa y, posando Su mano sobre mi cabeza, dijo: «No temas». El sonido de Su dulce voz estremeció mi corazón con una felicidad que jamás había experimentado. Estaba demasiado gozoso para articular palabra, pero, vencido por la emoción, caí postrado a Sus pies. Mientras yacía allí sin fuerzas, pasaron ante mí escenas de belleza y de gloria, y me parecía haber alcanzado la seguridad y la paz del cielo. Al fin me volvieron las fuerzas, y me levanté. Los ojos amorosos de Jesús seguían fijos en mí, y Su sonrisa llenó mi alma de gozo. Su presencia me llenó de una santa reverencia y de un amor inefable.

Mi guía abrió entonces la puerta, y ambos salimos. Me indicó que volviera a tomar todas las cosas que había dejado afuera. Hecho esto, me entregó un cordón verde estrechamente enrollado. Me indicó que lo colocara junto a mi corazón y que, cuando deseara ver a Jesús, lo sacara de mi seno y lo extendiera hasta su máxima extensión. Me previno que no lo dejara permanecer enrollado por tiempo alguno, no fuera que se anudara y resultara difícil de enderezar. Coloqué el cordón cerca de mi corazón y descendí gozosamente las estrechas escaleras, alabando al Señor y diciendo a cuantos encontraba dónde podían hallar a Jesús. Este sueño me dio esperanza. El cordón verde representaba, en mi mente, la fe, y la hermosura y la sencillez de confiar en Dios comenzaron a alborear en mi alma. Testimonies, volumen 1, 27-29.

Desde la conclusión de la reunión campestre de Exeter, el 17 de agosto, hasta el 22 de octubre de 1844, transcurrieron sesenta y seis días. Esos sesenta y seis días representan el período de la proclamación del Clamor de Medianoche y, en el contexto de la parábola de las diez vírgenes, quienes entonces proclamaron el mensaje representan a quienes tenían aceite, y quienes entonces no proclamaron el mensaje no tenían aceite.

En la parábola, la boda tuvo lugar al comienzo del tiempo de tardanza. Se celebraba el matrimonio legal y luego todos volvían a casa y aguardaban hasta que el padre del novio decidiera si era aceptable consumir el matrimonio. La infidelidad entre la primera boda y la segunda ceremonia a medianoche se consideraba adulterio. El tiempo de tardanza se basaba en que el padre del novio aguardaba para ver qué sucedía con la novia durante un período de tiempo. ¿Estaba encinta?

Cuando el padre decidía que todo estaba en orden, daba comienzo la procesión de medianoche, la cual se iniciaba por la noche para evitar el calor opresivo del día en Palestina. Por esta razón, las acompañantes de la novia, las vírgenes de la parábola, debían tener su propia lámpara y una provisión de aceite, aguardando el clamor de medianoche que anunciaba que la procesión hacia las bodas estaba en marcha, pues dicha procesión había de realizarse de noche. En Exeter llegó el

clamor de medianoche, y o bien se tenía suficiente aceite preparado para la procesión, o no se tenía.

Cuando salieron de Exeter con el mensaje, estaban ilustrando a un pueblo que había sido sellado. Algunos tenían suficiente aceite para entrar en las bodas el 22 de octubre de 1844, y otros no. Esos sesenta y seis días representan un período de tiempo en el cual el pueblo de Dios es sellado hasta la puerta cerrada de la ley dominical. Si tenían la cantidad adecuada de aceite, entraban por fe en el Lugar Santísimo. La hermana White ilustró al pueblo de Dios entrando en el Lugar Santísimo en los postreros días, y, en su historia alfa, se trataba de una prueba de vida o muerte que implicaba entrar por fe en el Lugar Santísimo. En los postreros días, los ciento cuarenta y cuatro mil serán probados en cuanto a si entrarán por fe en el Lugar Santísimo. Es, una vez más, una prueba de vida o muerte.

Continuaremos con estos temas en el próximo artículo.

En la purificación del templo, Jesús estaba anunciando su misión como el Mesías y dando comienzo a su obra. Aquel templo, erigido como morada de la Divina Presencia, fue concebido para ser una enseñanza ejemplar para Israel y para el mundo. Desde las edades eternas fue propósito de Dios que todo ser creado, desde el serafín resplandeciente y santo hasta el hombre, fuese un templo para la morada del Creador. A causa del pecado, la humanidad dejó de ser templo de Dios. Oscurecido y contaminado por el mal, el corazón del hombre ya no revelaba la gloria del Ser Divino. Pero mediante la encarnación del Hijo de Dios, se cumple el propósito del Cielo. Dios mora en la humanidad, y por la gracia salvadora el corazón del hombre vuelve a ser su templo. Dios dispuso que el templo de Jerusalén fuese un testimonio permanente del alto destino abierto a toda alma. Pero los judíos no habían comprendido el significado del edificio que miraban con tanto orgullo. No se entregaron como templos santos para el Espíritu Divino. Los atrios del templo de Jerusalén, llenos del tumulto de un comercio profano, representaban demasiado fielmente el templo del corazón, mancillado por la presencia de la pasión sensual y de pensamientos impíos.

Al limpiar el templo de los compradores y vendedores del mundo, Jesús anunció su misión de limpiar el corazón de la inmundicia del pecado, de los deseos terrenales, las pasiones egoístas, los malos hábitos que corrompen el alma. Se cita Malaquías 3:1-3. El Deseo de las Edades, 161.

«El profeta dice: “Vi a otro ángel descender del cielo, teniendo grande poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia la grande, y ha venido a ser habitación de demonios” (Apocalipsis 18:1, 2). Este es el mismo mensaje que fue dado por el segundo ángel. Babilonia ha caído, “porque ha hecho beber a todas las naciones del vino de la ira de su fornicación” (Apocalipsis 14:8). ¿Qué es ese vino?—Sus falsas doctrinas. Ha dado al mundo un falso sábado en lugar del sábado del cuarto mandamiento, y ha repetido la falsedad que Satanás dijo primero a Eva en el Edén: la inmortalidad natural del alma. Muchos errores afines ha difundido por todas partes, “enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (Mateo 15:9).»

«Cuando Jesús comenzó su ministerio público, limpió el Templo de su profanación sacrílega. Entre los últimos actos de Su ministerio estuvo la segunda purificación del Templo. Así también, en la obra final para la amonestación del mundo, se hacen dos llamamientos distintos a las iglesias. El mensaje del segundo ángel es: “Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación” (Apocalipsis 14:8). Y en el fuerte clamor del mensaje del tercer ángel se oye una voz del cielo, que dice: “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades” (Apocalipsis 18:4, 5).» Mensajes selectos, libro 2, 118.